

Terror en la ciudad

Sebastián Pedrozo

loqueleg

El narrador y las leyendas de horror

9

Así que les gustan las historias de miedo. Muy bien, para eso nos encontramos aquí. Habrá relatos que les recordarán episodios de sus propias vidas, o lugares, rincones por los que han pasado. En cada esquina de la ciudad, en los paisajes más lejanos, por todas partes hay de estas historias.

Porque nos gusta lo que no entendemos, nos atrapa, nos estremece, nos llena de estupor y curiosidad.

Nadie sabe cómo funciona. Nadie puede explicar por qué el terror nos interesa, nos resulta fascinante. Basta con que un anciano se siente bajo un árbol a empezar su relato y todos corremos a su lado, a escuchar sobre lo que nos cuesta comprender.

He caminado por allí, por el lugar donde ocurre lo siniestro, donde nacen leyendas urbanas y de las otras, de las que tienen monstruos y gentes desconocidas.

Algo hemos aprendido desde la última vez. El miedo nos hipnotiza. No hay escapatoria.

Antes, una advertencia: ya nada será igual cuando este libro se cierre.

Tony Vedder

Sobre lo que se contará

Se ha escrito sobre personas que viven encerradas y que desaparecen. Así como así, de la nada, un día no están más. Nadie sabe de ellos, nadie los vuelve a ver. Pero las preguntas quedan. Las historias quedan.

11

Este relato me llegó a través de un joven. Lo crucé en una esquina, mientras caminaba con la mirada perdida.

Hay gente que solo se libera de sus miedos cuando los pone en palabras. Este es el caso de aquel muchacho que me contó la historia de las hermanas Díaz López y la incógnita de su extraña partida de la gran casa en la que habitaban.

Lo sucedido se volvió un murmullo extendido por los vecinos. Han pasado varios años desde el día en que supe los detalles. Ahora ya es una leyenda urbana, y nos pertenece.

Pues sí, el miedo es cosa seria. Quien no lo entienda quizás termine como una de las protagonistas, las desgraciadas hermanas que nadie volvió a ver.

Herманas de sangre

12 Úrsula, la menor de las hermanas Díaz López, gustaba de hacer manualidades con papel de diario: rostros, casitas de papel o simplemente formas sin aparente significado. Roma, la mayor, leía largas horas sentada en un sofá, cerca de un ventanal que daba a un hermoso jardín de invierno. Su actividad favorita era fastidiar a su hermana y a todo el que se le acercaba.

El invierno hacía de sus vidas un desierto helado.

A pesar del verde con todos sus matices que se apoderaba de la casa, y de las tupidas enredaderas que trepaban por las paredes de ladrillo, aquel lugar era sombrío y tenebroso, por sobre todas las cosas.

Si uno se acercaba, sobre la tarde, cuando el sol ya casi no se filtraba por las ramas de los eucaliptos, más allá del muro y las rejas del frente, parecía adivinarse que en su interior, en cualquier momento, iba a suceder un espanto.

Después de que sucedieran los hechos que aquí se relatan, las personas comenzaron a esquivar el sendero de

piedra que rodeaba la casa de las hermanas.

—Por acá no. Trae mala suerte —decían algunos—. Vayamos por otro camino.

Yo creo que era miedo, nada más y nada menos.

Bien, sigamos. Las niñas, Úrsula, pelirroja, la otra, Roma, rubia, siempre arregladas, con sus juegos de mesa impecables y muñecas intactas, limpias como la túnica de un doctor, pasaban la mayor parte del día solas, o más bien, al cuidado de una empleada que hacía las tareas del hogar y se limitaba a preguntarles si querían merendar o darse un baño.

—¿Las niñas desean café con leche o té con miel?

—Nada, retírese —soltaba Roma, la mayor, la más fría—. Si queremos algo la llamamos. No sea pesada.

Fue durante el mes de junio que recibieron la visita de un vecino, Julián, un chico alto y tímido, que se aburría por las tardes. No había mucho para hacer en aquel vecindario plagado de caserones y de jardines gigantescos.

Su madre lo había mandado a que preguntara por las niñas que vivían allí. Necesitaba distraerse, conocer a otros chicos, jugar.

—Pero no las conozco —había dicho Julián.

—Por eso: andá y presentate. Yo las vi caminar por el jardín. Son preciosas.

Las palabras de su madre no habían hecho otra cosa que ponerlo aún más nervioso, si esto era posible. A pesar de sus dudas y del temblor en las rodillas que

le impedía caminar derecho, decidió ir.

Se aburría mucho, sobre todo los fines de semana. Julián era muy responsable, atento y dedicado. Le gustaba hacer las tareas ni bien salía de la escuela. Pero en su nuevo barrio eso no significaba otra cosa que llegar al domingo agotado, deseando que el lunes lo llevara de nuevo a la escuela.

14 Julián hizo el camino hasta la casa de las hermanas. Las piernas le pesaban, pero eso era mínimo comparado con ver pasar las horas, contar los segundos y pensar en nada, en nada, una y otra vez. ¿Qué tan malo podía ser conocer a alguien nuevo, después de todo?

Entonces tocó timbre. Esperó un par de minutos —interminables— hasta que la empleada de la casa salió a recibirlo.

La mujer, altísima, con un rostro serio y anguloso, escuchó su pedido («¿las niñas juegan?») sin mostrar expresión alguna. Cortésmente, le dijo que esperara. Y desapareció con elegancia y seguridad.

Un par de minutos después, le abrió el enorme portón metálico. A partir de ahí, Julián supo que las cosas no iban a estar como antes, nunca más.

Mientras caminaba por el largo pasillo, que desembocaba en una amplia habitación de piso de madera, Julián iba viendo unas horribles estatuas, tan altas como él.

—Son personajes de cuentos infantiles, mayormente. Debe saber que a las niñas Úrsula y Roma les

gusta mucho leer, sobre todo a la niña Roma. Las estatuas fueron un regalo del señor Díaz López —comentó la mujer, sin detenerse.

Al visitante le parecían más bien figuras fantasmales y con expresión de horror en el rostro. La que más le llamó la atención fue la de un hombre que sostenía un hacha con ojos de loco.

—¿Y eso? —preguntó.

—Barba Azul —respondió la empleada.

Julián había escuchado aquel cuento de hadas. Ahora entendía el porqué de los ojos desorbitados del hombre, la mirada asesina. Era una historia de un marido loco, que mataba a sus esposas. De eso hablaba el cuento, básicamente, y con eso bastaba. Era siniestro, no le gustaba nada de lo que estaba viendo.

—Espere por acá —señaló la mujer.

Julián asintió. Ya estaba arrepentido de haberle hecho caso a su madre. Demasiada vuelta para ir a jugar a la casa de alguien. ¿Acaso los niños no se encontraban en la calle, en las veredas, mientras compartían algo en común? «Esto no va a funcionar», se decía.

Y vaya si no funcionó.

Pasaron un par de minutos hasta que se escucharon pasos. Alguien caminaba por una habitación cercana, el piso crujía, parecía estar a punto de partirse. Luego, risas agudas. De niñas.

Un portazo. Entonces, apareció Úrsula con sus bucles pelirrojos sobre los hombros delgados, sosteniendo

en sus manos un atado de diarios viejos. En sus ojos había mucha tristeza, pensó Julián.

Sin embargo, llevaba un vestido que la hacía hermosa, inalcanzable. Por un momento, Julián pensó que iba a desmayarse. Nunca había visto a una niña así, con un color de ojos azul tan intenso. ¡Era tan elegante!

—Ho-hola —tartamudeó.

—¿Cómo te llamás?

—Ju-Julián.

—¿Te cuesta hablar sin tartamudear?

—N-no.

Úrsula rio. Y le indicó a su nuevo amigo con un breve gesto de manos que la siguiera.

Caminaron hacia otra habitación, pasando frente a enormes puertas de madera. «¿Acaso esta casa no tiene fin?», se preguntó Julián. «¿Cuántos recovecos hay?»

Una gran alfombra, con un dibujo colorido que representaba una escena de lo que parecía ser una mujer enferma, llamó la atención del niño.

—¿Y esto?

—Ah, eso —dijo Úrsula dejando los diarios en una mesa que estaba bajo la ventana—. Eso es una ilustración que mandó a hacer Roma, mi hermana.

—¿Y qué ilustra?

—“El almohadón de plumas”, de Horacio Quiroga. ¿Lo leíste? Es un gran relato.

—No, no lo leí. Pero sé que es una historia de miedo.

—Puede ser, a mí me parece que es una historia de amor —comentó Úrsula.

Julián no estaba de acuerdo. A pesar de que no había leído el cuento, sabía que el tema no tenía nada que ver con el amor. Se trataba de un bicho que, escondido en un almohadón, le chupaba la sangre a una pobre mujer, poco a poco, matándola lentamente. Así de simple, así de tenebroso.

A Julián no le gustaban las historias de terror.

«¿A quién se le ocurre mandar a hacer una alfombra con una escena tan espantosa? Estas chicas son medio raras», pensó.

—Ahora te voy a enseñar a hacer cosas con los diarios.

—¿Qué cosas? —preguntó él.

—Cosas.

—¿Por qué no jugamos a las cartas o algo?

—No.

Julián no entendía por qué la niña no se explicaba bien. ¿Acaso no podía explicar de qué se trataba todo aquello de hacer cosas con papel de diario? Tampoco se puede ser muy original.

El niño no pudo estar más equivocado. Pronto sabría unas cuantas cosas que lo llevarían a pensar mejor acerca de sus prejuicios.

—El dueño de esta casa era mi abuelo. Era el director de un periódico que se ocupaba de los casos policiales.

—¿Casos policiales? —se interesó Julián.

—Sí, asesinatos, robos, crímenes en general —explicó Úrsula, extendiendo una hoja de periódico sobre la mesita.

El niño suspiró.

—Muy interesante —mintió.

—Crónica roja, así se le llama. ¿Sabías eso, no?

—Seguro —mintió de nuevo.

18 La niña fue hasta la puerta y la cerró. Luego corrió las cortinas, la habitación quedó en penumbras por un instante, hasta que ella encendió una lámpara de pie.

Julián se inquietó al ver la extraña actitud de la niña.

—No te pongas nervioso, tonto. Me gusta más la luz artificial. Así podremos ver mejor estas hojas, que son muy especiales.

—¿Especiales?

—Claro, son del diario de mi abuelo. Las encontramos con mi hermana en un cuarto que tenía la puerta sellada, acá, en esta casa.

—¿Y tus padres no se enteraron?

—Mis padres nunca se enteran de nada. Siempre están trabajando o de viaje.

—¿Y la señora alta, la que me abrió la puerta?

—Ah, ella. Bueno, le dimos dinero extra.

—¿Cómo dinero extra?

—¿Vas a dejar de preguntar todo el tiempo?

—¿Por qué?

Úrsula se encogió de hombros y apretó los labios. Parecía un poco molesta. Pero miró con ternura al preguntón.

Julián contuvo la respiración. Y, por primera vez, quizás, miró atentamente a la niña. Sus pecas brillaban con la luz que llegaba desde un rincón. Le pareció que tenía la belleza de un ángel. No sabía bien si tenía miedo o estaba muerto de amor.

—Un día quizás te muestre ese lugar —dijo, misteriosa.

Julián lo pensó bien, no quería salir con una nueva pregunta.

—Bueno —dijo.

Úrsula, sin más, tomó las hojas que estaban sobre la mesita de madera y las extendió, ahora sobre el suelo.

El niño las ojeó. Eran noticias horrosas.

—Hay que tener mucho cuidado con esas hojas. No se pueden romper —anunció ella.

Julián no pensaba tocarlas. Con solo leerlas ya le daba dolor de panza.

—Son tan especiales... debemos cuidarlas.

—Ya lo creo. Aunque no entiendo mucho —dijo Julián.

—Ya vas a entender. Así como las ves, son mágicas.

—¿Ah, sí? —preguntó él, restándole importancia.

Úrsula tomó otra hoja y la colocó sobre la primera.

—¿No me creés nada, verdad?

—No mucho. Es que no entiendo.

—Sos el típico inteligente que se las sabe todas, seguramente.

El tono de voz de Úrsula había cambiado. Había una aspereza que incomodó al visitante. Parecía un tema delicado. Mejor era tomarse las cosas en serio. Aunque ya pensaba en la forma de salir de allí y volver a la tranquilidad de su casa, con su madre y sus aburridos libros de la escuela.

20 —Bien, todo listo —comenzó Úrsula—. Ah, nos falta algo importante. ¿Sabés hacer barcos de papel?

—Creo que sí, me enseñó mi madre, pero no me acuerdo bien —confesó Julián.

—No te preocupes, yo te ayudo. Es importante que quede bien, así el truco sale perfecto.

—¿Truco?

—¿Otra vez con las preguntas? Me aburrís.

En ese momento, alguien golpeó la puerta. Fue un golpe seco, rudo. La tensa calma que reinaba en la casa se fracturó como una rama seca en un bosque solitario.

Julián se sobresaltó nuevamente. Estaba sentado en el suelo y se paró de golpe, como si una avispa lo hubiese atacado en el trasero.

—Tranquilo, debe de ser Roma, mi hermana. Tarde o temprano se iba a enterar. Estaba leyendo por ahí. La empleada, esa metida, seguramente le dijo que había visita. ¡No me dejan en paz!

«¿A enterar de qué?», pensó Julián. Ya estaba seguro de que iba siendo hora de despedirse. Aunque fuera

grosero, no le gustaba nada cómo habían empezado las cosas.

—¡Podés entrar! —gritó Úrsula con bronca.

Entonces entró Roma. Y Julián no dio crédito a lo que vio. Era una especie de muñeca alta, con el pelo hasta la cintura y ojos claros. Pero en su rostro había algo distinto, no era tristeza, no era miedo. Era maldad.

—¿Qué estás haciendo, Úrsula? —preguntó Roma.

—Nada, nada... —respondió sin mirar a su hermana.

El aire se podía cortar como una materia densa y transparente. La tensión entre las dos niñas era insostenible. Una vez juntas en el cuarto, sus miradas apenas se cruzaban, pero podía apreciarse una energía tan potente que hacía que la piel de los brazos de Julián se erizase.

21

—¿Así que le vas a mostrar los papeles del abuelo? —inquirió Roma con los brazos en jarra.

Ni siquiera miraba al niño que estaba parado en la mitad de la habitación.

—¿A vos qué te importa? Si te vas a quedar, tenés que estar callada —dijo Úrsula.

Roma se acomodó su frondoso pelo dorado y se sentó en un pequeño sillón, que estaba en una esquina oscura de la habitación.

A pesar de que casi no se veía, su presencia era como una fragancia salvaje, que pronosticaba algo terrible, algo que podía pasar en cualquier momento.

—Bueno, pueden continuar, no se queden ahí sin

hacer nada —soltó la hermana mayor, casi con desprecio—. Parecen dos bobos.

Úrsula, visiblemente afectada, resopló.

—Está bien. Bueno, ahora, como te decía, vamos a hacer un barco de papel. Eso no tiene nada de extraño, ¿verdad?

—No, para nada —dijo Julián.

—La cuestión es que con este diario las cosas son especiales. Muy especiales. Tanto que ni te imaginás.

22 —No me imagino por qué un papel de diario puede ser especial.

—Ya vas a ver. Aunque, en realidad, esto que vamos a hacer, finalmente, depende de lo especial que seas vos.

Julián ya estaba definitivamente molesto. Decidió callarse y jugar el juego que le proponía la niña. De todas formas, no tenía nada que hacer en su casa. ¿Qué podía salir mal?

—No creo que yo sea muy especial —reconoció él.

—Eso ya lo veremos.

Julián miró a la hermana mayor, que jugaba con su pelo como si fueran largas cuerdas amarillas.

—Muy bien, primero vamos a hacer un barco —dijo Úrsula retirando unas tijeras y pegamento de un cajón que estaba debajo de la mesa.

Julián se acercó y la dejó hacer. Le pasó la tijera, dobló las puntas del barco. Trató de ayudar. Casi sin notar, se estaba divirtiendo.